

Enfermedad de Alzheimer, “la epidemia del Siglo XXI”

Dr. Valentín Mateos, neurólogo

Coordinador del Servicio de Neurología del Centro Médico de Asturias y Jefe de Servicio de la Unidad Integral de Neurología de la Clínica La Luz, en Madrid

Acabamos de celebrar, el pasado 21 de septiembre, el Día Mundial de la Enfermedad de Alzheimer, enfermedad neurodegenerativa que se manifiesta por la pérdida progresiva de la memoria y de otras funciones cognitivas y que lleva aparejado un declinar funcional acusado de la persona que la sufre hasta hacerla por completo dependiente. De forma gráfica, como señala el escritor Pedro Simón en su libro “Memorias del Alzheimer”, esta enfermedad no deja de ser “una escalera de caracol que sólo va para abajo”.

Parece obligado recordar al psiquiatra alemán Alois Alzheimer quien, allá por 1906, dio a conocer los hallazgos presentes en el cerebro de una paciente suya (Auguste D) a quien seguía desde el año 1901 por una demencia progresiva. Tuvieron que pasar 5 años más para que el Dr. Alzheimer publicara un segundo caso en el año 1911. En este sentido no deja de ser llamativo que apenas cien años más tarde esta entidad sea ya conocida como “la epidemia del siglo XXI”. Contribuye a ello que la Enfermedad de Alzheimer es, en gran medida, un problema edad-dependiente. Así, afecta al 5% de personas mayores de 65 años, porcentaje que se incrementa al 20% cuando nos referimos a los mayores de 80 años. No es de extrañar, por tanto, que en una sociedad como la nuestra, con un claro envejecimiento poblacional, la cifra de afectados sea cada vez mayor, de tal forma que los 800.000 pacientes actuales en nuestro país se duplicarán para el año 2025.

El reto actual de la comunidad científica pasa por reconocer e identificar las causas últimas de la enfermedad y la búsqueda de tratamientos efectivos para la misma. En relación al primer punto ya el propio Dr. Alzheimer constató la presencia de alteraciones intraneuronales (ovillos neurofibrilares) y de depósitos extraneuronales anormales (que hoy conocemos como “placas amiloides”) cuya profusión conduce a la muerte neuronal y, consiguientemente, a la pérdida de las funciones que tenían encomendadas.

Los criterios diagnósticos de la Enfermedad de Alzheimer han cambiado recientemente. Así, hasta hace unos años, se basaban en la constatación de que paciente sufría una demencia con repercusión cierta en su capacidades y que los estudios complementarios descartasen otras causas. En definitiva, era un diagnóstico por exclusión, en tanto el diagnóstico definitivo sólo se consideraba cierto si lo era por necropsia. Ahora el criterio es diferente. Podemos hacer un diagnóstico “positivo”, incluso antes de que la persona esté demenciada. Basta con que aqueje un trastorno de la memoria de tipo hipocampal y podamos demostrar que existe acúmulo de amiloide en el cerebro o neurodegeneración. Nos apoyaremos para ello en algunas técnicas, como la Resonancia Magnética (constatará una atrofia temporal medial), la Tomografía por Emisión de Positrones o PET (que mostrará un hipometabolismo cortical si utilizamos la técnica convencional o el acúmulo de beta-amiloide si utilizamos el PET-Amiloide) y la determinación de biomarcadores de neurodegeneración en el LCR (proteína tau y otras). Esto tiene unas enormes implicaciones. La primera que los pacientes diagnosticados mediante estos criterios son los candidatos idóneos (junto a quienes tienen una mutación genética pro-Alzheimer) para la investigación de nuevos tratamientos que permitan detener o revertir este proceso neurodegenerativo y este es uno de los retos más importantes que tiene la investigación en neurociencias en el momento actual.

No puedo terminar esta columna sin hacer una referencia especial a aquellas personas que tuvieron la altura de miras de hacer público su problema y así concienciarnos a todos (individuos y administraciones) de lo que esta enfermedad implica. Es por ello que recomiendo a los lectores vean los documentales “Memorias de Bucarest” y “Bicicleta, cuchara, manzana” en los que sus protagonistas (los políticos Jordi Solé Tura y Pascual Maragall, respectivamente) nos desgranar su día a día con esta devastadora enfermedad.